



JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO  
Escritor.

## La Amazonia colombiana hoy

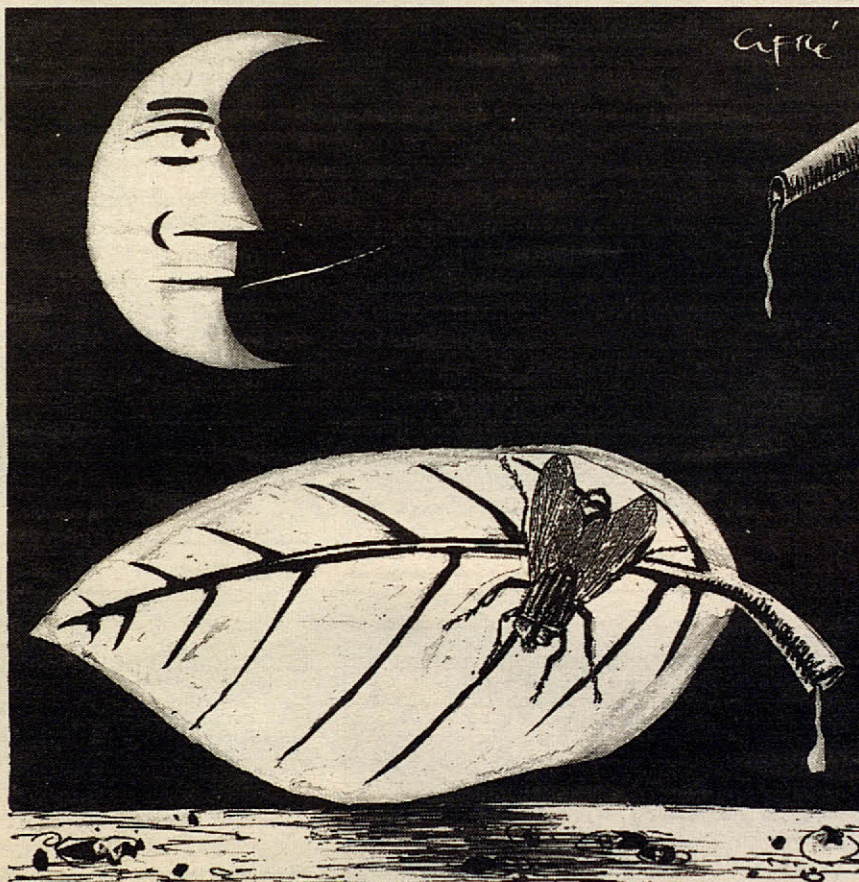
La barbarie y la deforestación que dominan la Amazonia brasileña no ha llegado aún a Colombia. Esperemos que no lo haga nunca y se salven los pueblos indios que allí habitan, los mejores guardianes de la selva

El frenesí y el bullicio de Santa Fe de Bogotá van quedando atrás. Unas dos horas de vuelo nos separan de Leticia, nuestro destino; me acompañan en el viaje **Luis Eduardo Aute, Joaquín Sabina, Georges Moustaki, Soledad Bravo y Paco Ibáñez**, bajo el suave pero inflexible mando de **Adriana Arce**, que coordina, por delegación, el patrocinio de la Embajada de España y del Despacho de la mujer del presidente colombiano, **César Gaviria**. Se trata de conocer las necesidades más perentorias de los indios amazónicos a fin de intentar atenderlos mediante la recaudación obtenida en dos conciertos multitudinarios celebrados en Bogotá y Medellín. Ni que decir tiene que todos los presentes renunciaron a percibir dinero alguno por sus actuaciones: Iberia pagó nuestros pasajes; de los hoteles, comida y desplazamiento por el interior de Colombia se hizo cargo el Gobierno del país, y de las grabaciones y videos, una casa discográfica. Pero lo que representa más dinero será la emisión, directa o en diferido, del concierto de Bogotá, a 48 países.

La ciudad de Leticia es la capital de la comisaría del Amazonas colombiano; es la única, aunque pequeña, ciudad de todo un vasto territorio, ya que los demás asentamientos son poblados dispersos que muchas veces cambian su lugar por otro, sin más. Leticia está asomada al río, muy cerca de la frontera con Brasil, hacia el este, y frente a la orilla del Perú, al sur, al otro lado del Amazonas. Todas las poblaciones están asomadas al río, la principal vía de comunicación: se transita por él en canoas movidas a remo o en lanchas con motor fuera borda.

Río arriba, en territorio peruano, queda la ciudad de Iquitos, y hacia abajo, ya en Brasil, la importante Manaus, antes de desembocar en el Atlántico. El recorrido total del Amazonas, siempre a través de la selva, es de unos 6.000 kilómetros.

El calor y, sobre todo, la humedad,



empapan al viajero: hay que llevar provisión de camisetas o camisas para cambiarse varias veces al día.

Los jefes de las tribus huitoto, bará, ticuna y yacuna nos esperan, y nos acompañarán a sus asentamientos. Sus peticiones, sus necesidades, son razonables: motores para elevación del agua, motores para sus canoas, arreglos en escuelas o centros médicos... A las canoas, pues. En Santa Sofía está la Isla de los Micos, nombre muy apropiado dada la tremenda cantidad de simios que la pueblan. Aquí se practica la extracción del caucho, mucho menos boyante que hace unos años, y en las pequeñas zonas de la selva que colindan con éste y otros pueblos se cultivan la yuca, el maíz, el

arroz, el cáñamo, las piñas y la caña de azúcar, pero sólo para el consumo local. Parece que respeten la selva.

Otros animales que pude ver, micos aparte, y aparte también insectos y hormigas, fueron un par de caimanes adormilados y una tortuga gigantesca; las aves de todo tamaño, tipo y colorido de plumaje, son como el fondo musical de la selva.

Aquí comimos pescado de varias clases, tortas de maíz y frutas muy diversas. Y a las lanchas otra vez. Amazonas arriba, nos detuvimos en los poblados de Zaragoza y Puerto Nariño. Este último es casi una ciudad: centro comercial de cierta importancia en el que conviven colonos blancos o mestizos con los indios indígenas, en paz y

concordia, cosa que no ocurre en la Amazonia brasileña.

El recorrido hasta la frontera con el Perú termina en el poblado llamado Atacuari, al borde del río del mismo nombre en su confluencia con el Amazonas. La línea formada por Leticia y Atacuari, o sea, el sur abocado al río, se prolonga en estos puntos hacia el norte, hasta casi cerrarse en Santa Clara: el llamado trapecio amazónico colombiano. O sea, unos 476.000 kilómetros cuadrados del total de los 6.870.000 de toda la selva amazónica.

Es de justicia repetir que la Amazonia colombiana es la menos dañada por la llamada civilización o colonización: deforestación, explotaciones mineras, buscadores de oro o piedras preciosas y otras lindezas. Mis compañeros y yo hemos tenido el privilegio de recorrer el sector más sano del inmenso pulmón verde del planeta que es la selva amazónica.

Cuando se habla de salvar la Amazonia hay que entender que de lo que se trata es de salvar a los pueblos indios que allí habitan, que han sido durante siglos los mejores guardianes de la selva. Ayudar y salvar a los indios es la primera acción a emprender para salvar el ecosistema amazónico, del que tanto depende todo el ecosistema.

El hombre, con su codicia desmesurada y miope, puede producir mayores catástrofes que la suma de todos los terremotos, erupciones volcánicas y ciclones que puedan darse en la Tierra, ya que es el único ser vivo capaz de producir la muerte del medio que es su subsistencia y provocar una explosión demográfica que la Tierra sea incapaz de alimentar.

En definitiva, la barbarie y la deforestación que dominan la Amazonia brasileña no ha llegado todavía a Colombia. Esperemos que no lo haga nunca. Hay conversaciones entre los gobiernos colombiano y peruano para impedirlo, mientras el brasileño tolera todo tipo de desmanes.